

HAZME TEMBLAR ... PERO NO DE MIEDO

Buenas tarde. Mi nombre es Hugo. Esas fueron las primeras palabras que pronunció Hugo el primer día que se antevió a intervenir en el grupo de terapia de personas que ejercen la violencia de género al que llevaba asistiendo una semana.

Ese “*buenas tardes*” sonó algo tímido y tembloroso, sonó muy parecido al “*buenas tardes*” que siete años antes pronunció en una cafetería-biblioteca ante la que creyó ser la chica de sus sueños.

La chica de sus sueños se llamaba Daniela, y era camarera de una cafetería-biblioteca situada en el bajo de un edificio antiguo que hacía esquina dando a dos calles. Hugo pasaba todas las tardes delante del establecimiento y se paraba delante del escaparate que mejor vista tenía a la barra tras la cual se encontraba Daniela. Hugo siempre elegía ese escaparate porque en él había un expositor de libros, el cual fingía mirar cada vez que ella levantaba la mirada y buscaba la de él. A pesar de no sentir gran afición por la lectura, siempre que la chica cruzaba su mirada con la de él, éste energéticamente la desviaba hacia el expositor de libros, como si éste le fuese de gran interés.

Pasaron seis semanas y todas las tardes se repetía el mismo ritual hasta que una de esas tardes Hugo entró en la cafetería, se acercó a Daniela y pronunció un tímido y tembloroso “*buenas tardes*”, seguido de “*un café solo, por favor*”. A partir de ese día las conversaciones entre ambos fueron aumentando, aunque seguían siendo escuetas, al contrario que sus miradas que eran largas, intensas y magnéticas.

Una tarde entró Hugo en la cafetería-biblioteca, se dirigió hacia su mesa habitual y allí encontró un café solo recién hecho junto a un libro con una inscripción intensa que decía:

Hazme temblar

Ambos se miraron y sonrieron.

“Mis manos se han vuelto de hielo y mi sangre se ha congelado cientos de veces, pero tú te has encargado de soplar sobre los rescoldos para volver a incendiar la llama una y otra vez, justo un segundo antes de apagarse, de volverse cenizas. Cientos de veces han llegado tus ojos llorosos observando lo que nunca supieron valorar, y yo presa de esas pupilas he vuelto a crecer en tus promesas de fumarnos la pipa de la paz, en tus “esta vez sí, mi amor”, en tus “te quiero”, en tus “no puedo vivir sin ti”, en tus “ayúdame, pequeña”. Una vez te dije que sería yo quién se volvería piedra ante ti y apagaría esa llama antes de que tú volvieras a intentar avivarla, y algo me dice que esa vez es esta vez. Ese algo se llama Carlos, tiene tres años y anoche me dijo “mamá ¿lloras porque papá no te quiere?”. Nuestro hijo no sabe de matemáticas, sólo sabe contar hasta diez, no sabe de lengua, ahora está aprendiendo a escribir su nombre, pero sí sabe de amor. Los niños son los que más saben de amor, porque lo dan con pureza, sin esperar nada a cambio. No saben explicarlo con palabras, pero sí sentirlo. Y él sabe que los insultos, los desprecios, las palabras hirientes, los golpes, los gritos, etc., no son amor. Es todo lo contrario a lo que él conoce sobre amor.

Hugo nadie va a ayudarte si no te intentas ayudar tú mismo, yo ya no puedo ayudarte más porque nuestro hijo se está acostumbrando a mis lágrimas, y yo no puedo permitir que él se acostumbre a eso, aunque yo sí lo esté ya.

Busca ayuda y cuídate.”

Hoy hace un mes, desde el día que en ella reunió el valor suficiente para vivir, y desde ese día Hugo no se separaba de esta carta, la carta que dejó Daniela en la mesita de noche izquierda de su dormitorio sobre el libro que ella aquel día le regaló en la biblioteca siete años antes. En el cual la inscripción original fue modificada:

Hazme temblar ... pero no de miedo